

7 de marzo de 2019

Rubén González Garza (1929-2019)

Fruto del esfuerzo y trabajo de varias décadas como director, actor, académico y maestro de muchas generaciones de actores, la aportación realizada por el maestro Rubén González Garza debe valorarse como parte esencial de la construcción de la identidad cultural en Nuevo León.

POR EDMUNDO DERBEZ GARCÍA

Director, actor, académico y uno de los pilares fundamentales para entender el teatro en Nuevo León. Nació el 8 de marzo de 1929 en Monterrey, su padre, Estanislao González Garza fue un empresario teatral y gracias a eso y cuando apenas era un niño conoció a figuras como Pepe Guizar, Lucha Reyes y Mario Moreno Cantinflas.

De esos años se desprenden una de las anécdotas más entrañables de su vida. Siendo un niño, una noche se sentó entre el público del teatro de su padre sin percatarse que Cantinflas estaba justo detrás de él. A mitad del espectáculo, el anunciador dijo a los asistentes que la siguiente semana se presentaría una gran figura y dirigió el reflector hacia su cabeza o eso pensó él; por unos instantes no sabía si debía pararse a agradecer los aplausos hasta que se dio cuenta de que la atención iba dirigida al cómico.

Protegido por sus padres, quienes preferían que no fuera un niño callejero, Rubén hizo su universo teatral en los cuartos y el patio de su casa, donde montaba obras con sus vecinos a quienes les repartía papeles. En 1949, con veinte años, se integró al recién formado Núcleo de Arte Teatral (NAT), un grupo de aficionados al teatro organizado por la maestra Elisamaría Ortiz de González Garza.

“Elisamaría se carteaba con cuanto dramaturgo importante había en España, todos los autores de los que ella montaba obras, ella buscaba la manera de cartearse con ellos y cuando viajó a Europa los visitaba también. Entonces esta preocupación ya era una forma de escuela”, recordaba Rubén.

En 1950 tuvo su primer papel importante en *La enemiga* Virgilio Días Grullón y poco después participó en *La jaula de la leona* de Manuel Linares Rivas en donde su mayor preocupación era que el personaje debía llorar y no creía conseguirlo, pero finalmente lo hizo. A mediados de los años cincuenta escribió su primer texto teatral titulado, *Mi querido violinista*, que versó sobre las figuras en un juguetero y el drama provocado por la sirvienta que los limpiaba. La obra fue dirigida por Carlos H. García y fue un éxito, aunque lamentablemente el guion se perdió luego de ser llevado a la Ciudad de México para ser montado.

Para 1957 debutó como director en el Núcleo de Arte Teatral con la obra *Las cosas simples* de Héctor Mendoza. “Existían también directores muy importantes como Luis Martín y Julián Guajardo. Como que nos fuimos formando al mismo tiempo. Julián, para reírse un poco de mí, decía, ‘es que vengo a verte al Florida y estoy viendo si me dejan



entrar', porque él, justamente estaba empezando en el teatro".

En 1961 actuó en *La zorra y las uvas* de Guillermo Figueiredo, bajo la dirección de Humberto Duarte; *Otelo* y *Hamlet* de William Shakespeare, dirigida por Luis Martín; *Bodas de sangre* de Federico García Lorca, dirigida por Álvaro Romero.

Por esos años Rubén entró a tomar cursos de pintura en Arte, A. C., donde llegaría a ser director de la galería. Después se hizo orientador artístico de uno de los grupos de teatro que el Seguro Social patrocinaba para los derechohabientes. Esta fue una actividad de enorme trascendencia para el teatro local ya que por sus aulas pasaron muchos de los actores y actrices que encabezarían las carteleras en las décadas siguientes, entre ellos, la Nena Delgado.

En los años sesenta, el Canal 6 de Monterrey producía sus propias teleseries y Rubén participaba en ellas. Trabajó también con el grupo del Club Rotario y con empleados de la Compañía Financiera Aceptaciones, S.A. (más tarde Banca Serfín). "Las empresas tenían su grupo de teatro, en cada parte donde llegaba, dejaba la semillita".

En 1963, la obra *Hamlet*, donde llevó el papel protagónico, fue la encargada de pre inaugurar el Teatro del Seguro Social. Como parte de la compañía del IMSS en Monterrey, actuó en *Androcles* y el

león de George Bernard Shaw, *El relojero de Córdoba* de Emilio Carballido y fue director en *El baile de los ladrones* de Jean Anouilh.

En su faceta de profesor será recordado por poner a sus alumnos a actuar en los Entremeses cervantinos para que practicasen matices y pronunciación. En el Tec de Monterrey dio clases a los estudiantes desde 1966 y a los maestros les dio clases durante seis años.

Con la UANL también tuvo una relación muy cercana, además de participar como actor y director en diferentes montajes, formó parte de los jurados de los certámenes de Dramaturgia "Emilio Carballido" durante varios años, además de ser parte del Grupo Dramas con sede en el Centro Cultural Plaza Fátima.

A principios de los años setenta el productor Fernando Junco decidió montar *Cirano de Bergerac* de Edmond Rostand, en una puesta que tendría como protagonista a Ignacio López Tarzo, quien ensayaba en la Ciudad de México, mientras Rubén buscaba a la actriz adecuada para interpretar a Roxana. Su hallazgo fue la joven y bella bailarina Nuria Bages, quien realizaría un conocido trabajo en los escenarios y la televisión mexicana. Con ella hizo una exitosa temporada de la obra basada en la novela de León Tolstói, *La sonata a Kreutzer*.

Otro momento importante en la carrera de Rubén ocurrió en 1976 cuando durante un viaje a Europa compró la obra *Los chicos de la banda* (The boys in the band) del estadounidense Mart Crowley y cuando Julián Guajardo se enteró, le dijo que ya tenía pensado montarla. Así, con Julián dirigiendo y actuando y con la participación de Rubén, Juan Carlos Rodríguez, Rubén Orozco y el debutante Hernán Galindo, se inauguró en el Teatro Mayo, una larga y polémica temporada, siempre a sala llena, pues por primera vez en Monterrey se trataba el tema homosexual en una obra profunda, aunque manejada con humor.

Más tarde, participó como actor en uno de los hitos que marcaron a Monterrey, la inauguración del Teatro de la Ciudad en 1984 con la obra *La danza que sueña la tortuga* de Emilio Carballido. Meses después fue seleccionado para montar una obra en la Gran Sala del Teatro de la Ciudad y eligió *Cada quien su vida* de Luis G. Basurto.

En los ochenta, con producción de PROTEAC, hizo *Los herederos de Segismundo* de Guillermo Schmidhuber, *Los motivos del lobo* de Sergio

Magaña y *Un frágil equilibrio* de Eduard Alvin. En el Instituto de Cultura de Nuevo León dirigió *Los empeños de una casa* de Son Juana Inés de la Cruz, *La verdad sospechosa* de Lope de Vega y *Ha llegado un inspector* de John Boynton Priesly.

En 1991 y 1992, con producción de PROTEAC, hizo *Por las tierras de Colón* de Guillermo Schmidhuber y *Galileo Galilei* de Bertol Brecht. En 1993, su obra, *La casa de las cruces de gis* obtuvo el primer lugar en el Premio Nacional de Dramaturgia de la UANL, lo que ocurrió igualmente con *Las señoritas Alcocer* y *El esquema equivocado*. Con *Pastorela norteña* ganó el primer premio del Certamen Nacional de Pastorela de la UANL.

Dirigió numerosas pastorelas, tandas y cuentos infantiles, cuyo mérito mayor fue revivir el género musical popular y las tandas de tintes políticos. Su pastorela musical con música en vivo, se mantuvo en escena durante seis meses en 1997 y el cuento *El monstruo de la colina* superó las 300 representaciones.

años de carrera el Premio de la Subsecretaría de Cultura de Nuevo León (1993), por el que fue enviado como observador a una gira teatral por Europa ese mismo año; Medalla al Mérito Cívico (1994); el Premio Nacional de Dramaturgia (1994 y 2002), el Premio Nacional de Dramaturgia Conarte 2002; la máxima casa de estudios lo distinguió con el Premio UANL a las Artes por su trayectoria artística.

El último acto público en el que participó fue en la edición de la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería donde junto con Luis Martín Garza ofreció una conferencia sobre el teatro en Nuevo León desde sus albores, el 21 de febrero de 2019, donde estuvo de buen ánimo y con la sonrisa franca que siempre lo caracterizó. Se encontraba preparando la publicación de sus obras cortas que serían editadas por la UANL.

Al fallecer el 7 de marzo de 2019, dejó un gran legado en más de 200 obras montadas, 150 obras actuadas, más de 25 obras dirigidas, numerosos doblajes y múltiples generaciones de artistas for-

Su legado: más de 200 obras montadas, 150 obras actuadas, más de 25 obras dirigidas, numerosos doblajes y múltiples generaciones de artistas formados para el escenario.

En los últimos veinte años destacó en obras como *Que pronto se hace tarde* de Vicente Leñero, *Cuando el gallo ya no canta*, *El Tartufo* de Moliere, *Madrugada en Svalbard* de Víctor Hugo Rascón Banda, *El indio muerto* de Ricardo Elizondo, estrenada el 18 de junio de 2005 en el Teatro Universitario, como parte de la reactivación de la Compañía de Teatro de la UANL, bajo la dirección de Luis Martín Garza; *La zorra y las uvas* de Guilherme Figueiredo, *En busca de un hogar sólido* de Guillermo Schmidhuber de la Mora, *Expreso a no me olvides* de Hernán Galindo y *La gaviota* de Antón Chéjov. Para Conarte hizo *Mi querido embustero* de Jerome Ditti.

Entre sus últimas participaciones actuó en la película *Estar o no estar* dirigida por su sobrino Marcelo González y protagonizada por Aislinn Derbez y Flavio Medina, cinta ganadora del Alebrije en el Festival de Monterrey y apareció en el cortometraje *El jardín que se seca*, basado en un cuento suyo.

Entre los galardones cosechados a lo largo de 70

mados para el escenario. Además de haberse desempeñado en la dramaturgia, la adaptación, la escenografía, el diseño de vestuario y el maquillaje teatral.

Siempre activo, a sus 89 años lucía siempre jovial, con sorprendente energía, presidiendo el decanato del teatro en Nuevo León, aportando algo, solidario con todo aquel que se acercara a su ámbito y manteniendo un diálogo con artistas de todas las generaciones. Puede ufanarse de haber alcanzado aquello que Jean Luis Barros describe; el placer de vivir una eterna infancia con un peculiar fulgor en la mirada que solo emerge en los hombres que han trascendido el placer de la vida y que están dispuestos a compartir con los demás.

Nuevo León perdió a uno de sus artistas más completos y comprometido con el tejido social.

Fuente: Texto basado en la biografía transmitida durante el homenaje a Rubén González Garza, en abril de 2019, por Conarte, con apoyo del municipio de San Pedro, UANL e ITESM.

Rubén González Garza, un ser humano en toda la extensión de la palabra

LUIS MARTÍN GARZA GUTIÉRREZ

A los 90 años, Rubén González Garza lucía resplandeciente, invariablemente afable y con sorprendente energía, presidiendo el decanato del teatro en Nuevo León. Poseedor de una lucidez propia y con su conocimiento escénico, Rubén vivió en su mundo personal aportando siempre algo, solidario con todo aquel que se acercaba a su ámbito. En esa honorable posición, Rubén pudo ufanarse de haber alcanzado aquello que Jean Louis Barrault describe en sus Memorias como “el placer de vivir una eterna infancia, con un peculiar fulgor en la mirada”, al conservar una actitud que solo emerge en los hombres que trascendieron el placer de la vida.

Las raíces de Rubén proceden por línea paterna de los senderos del Guajuco, en la terminación suroeste del Cerro de la Silla, y por línea materna, de Apodaca, entidad que actualmente forma parte del área metropolitana de Monterrey.

Rubén fue el segundo de los hijos de Estanislao González Garza y Elisa Garza Treviño, ambos de plena estirpe nuevoleonesa. Nació el 8 de marzo de 1929, a unos cuantos pasos de los ojos de agua de Santa Lucía, en un Monterrey de 132 mil habitantes. En esta ciudad donde sus límites no excedían un espacio contenido en cuatro kilómetros cuadrados inició su educación básica dos o tres años antes de tener la edad oficial para hacerlo. Con su tía abuela, la maestra Julia Garza Almaguer, figura emblemática del magisterio en Nuevo León, aprendió las primeras letras, dibujo, declamación y aritmética. Cuenta Rubén que al concluir la educación básica, su padre, para “quitarle lo soñador”, lo mandó a la Escuela Industrial Álvaro Obregón para que estudiara la carrera de Maestro Mecánico.

Pienso que esa actitud de soñador y creador de una realidad aparte de la propia se desarrolló en Rubén desde los seis años de edad, cuando jugaba a imitar a los artistas que veía en el Teatro Regis, teatro de variedades y revista que administraba su padre. Es muy posible que esa temprana vocación escénica se empezara a gestar en aquel infante que

se solazaba con artistas como Lucha Reyes, Toña la Negra, Pepe Guízar, Cantinflas y otros comediantes, cantantes y bailarines.

Ese niño perspicaz no queda satisfecho con ser espectador y, al regresar a la casa, imita todo lo que había experimentado en aquellas representaciones, juegos que fueron cotidianos hasta los 15 años. Al concluir la especialidad de Técnico Mecánico, laboró en Fabricación de Máquinas, S. A. donde se inició en el deporte y la gimnasia, llegando a ser un destacado atleta nacional.

Pero las vivencias escénicas de los años infantiles fueron determinantes, cuando se presentó una circunstancia definitiva en la transición de su vida que lo hizo abandonar de golpe sus actividades deportivas y mecánicas. Esa poderosa circunstancia se dio en el seno de la familia González, pues un tío paterno de Rubén contrajo matrimonio con la maestra Elisamaría Ortiz, actriz y directora, pionera del movimiento escénico en Nuevo León. El encuentro de Rubén con Elisamaría allana los ya mínimos prejuicios familiares que le habían detenido la realización vocacional a aquel joven “soñador”, y a partir de 1949, Rubén se integra al Núcleo de Arte Teatral, fundado y dirigido por Elisamaría, como utilero y actor suplente, para debutar como actor en 1950 en la obra *La enemiga* de Dario Niccodemi.

Con casi 70 años de trayectoria en el teatro nacional, Rubén seguía día a día en actividad constante, firme en su vocación y en su convicción como un auténtico hombre de teatro. No había actividad escénica ajena en el devenir de su vida: actor, director o productor; diseñando la escena o el vestuario; dramaturgo fiel, firme y congruente con su compromiso social, Rubén permaneció en la palestra, en la batalla cotidiana, en la pregunta que seguramente se hacía cada día al despertar: ¿qué va a ser lo que aprenderé hoy?

La labor de Rubén en la dramaturgia, actividad con la que obtuvo en dos ocasiones el Premio Nacional de Dramaturgia “Emilio Carballido” que otorga la UANL y en una ocasión el de Dramaturgia de CONARTE, es un traslado a la escena de vivencias plenas recogidas a lo largo de su



apasionante carrera como hombre de teatro.

Modelos y arquetipos de nuestra tierra son los temas que Rubén aborda en su obra dramática. Son patrones y espejos de carácter muy nuestros. Parten de la ideología, de los hábitos y costumbres de la vida rural o citadina del estado que por la magia del teatro se vivifican con un fuerte apego a nuestro lenguaje y a tradiciones inoculadas en nosotros como inconsciente colectivo desde hace más de cuatro siglos.

Residencial Los Pinos, con su nombre, alude satíricamente al nombre de la residencia oficial de los presidentes de México, y nos relata el asentamiento de un grupo, segregado de las comodidades de la ciudad, que han construido sus viviendas en el margen de un río. La acción se adereza con las odiseas y conflictos familiares que se presentan en esa comunidad y la amenaza de

reubicación de sus viviendas por parte de las autoridades, ya que un huracán que se avecina amenaza con hacer crecer el río con el riesgo de que se destruyan sus pertenencias. Los vecinos no están convencidos de lo que pueda pasar, hasta que llega el trágico huracán que termina con todo. Esa obra fue escrita un año antes que el Huracán Gilberto arrasara con cientos de hogares en Monterrey que estaban situados en las márgenes del río Santa Catarina.

Para escribir *Las casas de las cruces de gis*, Rubén confesó haberse basado en lo que vivió una ocasión en que un amigo lo convidó a su casa y ya en ella se percató de que la conducta de los personajes en esa morada era sumamente extraña: una mujer que lo confunde con su psiquiatra y le lee cartas de un supuesto novio que era preso político; un tío del amigo que habla por un teléfono que está

desconectado; y una abuela hierática vestida de negro que servía café sin decir una palabra. La familia tuvo en sus últimas generaciones un oscuro pasado y ahora en el presente que narra la obra, los descendientes que intervienen se encaminan a un viaje sin retorno: la locura.

Las señoritas Alcocer recoge el habla y los modismos del campo nuevoleonés. Ocurre en Huajuquito, Los Cavazos, N. L. y aborda lo que pudo haber pasado, con algunas anécdotas reales de cuatro señoritas que viven solas con una sirvienta, en una casa grande rodeada de naranjos. La acción se ubica en los últimos años del siglo XIX o primeros del XX y es todo un tratado de lo que en Nuevo León fue la lucha por la vida en el campo: con las labores de agricultura, las creencias religiosas y las que van asimilándose ante las necesidades materiales, las enfermedades y los recuerdos imborrables. Ir resolviendo la vida en forma natural a través de la experiencia, la tradición y la herencia de los antepasados. La historia nos revela toda una serie de secretos de esta familia, no exenta de supersticiones, de enfermos, de suicidas y de una rivalidad existente entre las hermanas por la supremacía para administrar el patrimonio familiar. Los recuerdos imborrables que las perseguirán hasta que el exterminio de la familia, pues el autor nos deja un final abierto, donde no se acierta a saber si alguna de ellas logrará casarse y procrear algún heredero.

El autor reveló que *Ramona* está basada en recuerdos de sus años de infancia, la conducta de los vecinos de la casa donde vivió hasta la edad de quince años: “En esa casa murió mi bisabuelo, la casa era grande y mi madre rentaba parte de ella; los patios eran comunes y por supuesto la convivencia con sus habitantes, el recuerdo de mi padre como empresario de un teatro de revista, con cosas que pudieron haber sucedido pero que nunca fueron. Pura imaginación. Se pueden palpar realidades como el aislamiento o las relaciones personales de los habitantes de la vecindad. Hay en ellos infidelidades y machismo, los perjuicios de la época, los desamores y una felicidad que no llega nunca por ser frustrada por las circunstancias. *Ramona* es como una ventana al pasado regiomontano, al año de 1936, con ideas y costumbres que se sostuvieron por años hasta finalizar el siglo XX. El mensaje más directo de la obra es cómo, en ocasiones, la gente se preocupa por la vida de los demás sin ver la paja en el ojo

propio, lo que no les permite asumir una auténtica libertad”.

Con respecto a *Crucigramas*, Rubén confesó que “es una comedia que escribí pensando en un primo mío que acudía a un taller que impartí. Las características de los personajes son afines a otros alumnos del taller, las situaciones obviamente son inventos míos”. *Crucigramas* es un pretexto de comedia: un individuo que finge ser mandilón y muy manso con las mujeres, pero que realmente es un macho irónico, que utiliza su ingenio para manipular. La trama narra una aventura que tuvo con una mujer de edad y que para no cumplirle provoca que ella se case con un muchacho que ella había adoptado cuando él era adolescente y al que le doblaba la edad.

El *esquema equivocado* es una anécdota que fue tomada de un hecho real y fue concebida en un taller con Emilio Carballido, cuyo objetivo era la escritura de obras breves en un acto. Sin embargo, Rubén la extendió después de terminar porque al presentarla, Carballido le dijo: “no se vale, no nos dejes picados, termínala en dos actos o en uno, pero alárgala”. Entonces, dice Rubén: “metí a Emilio como el personaje, del maestro que me corrige en el taller. Y le hice una segunda parte con los mismos personajes pero con otro final. Quedó como una farsa en tono realista, pero que repite la misma trama en dos ocasiones con finales diferentes”.

Esta vocación por la dramaturgia en Rubén González Garza no es gratuita. A su larga experiencia de la condición humana asimilada por tantos años como actor y director, Rubén desde mucho tiempo antes de asumir la dramaturgia, se preparó en talleres a lo largo de su trayectoria con destacados dramaturgos como Sergio Magaña, Emilio Carballido, Coral Aguirre, Luisa Josefina Hernández, Juan Tovar, Vicente Leñero y José Sanchis Sinisterra.

Estos seis destacados títulos son todo un documento de la vida norestense y su progresiva diversidad de estilos y formas de observar la realidad circundante a través del teatro. Son obras producto de apreciables vivencias y de inagotable imaginación, que aunque hablan de una región, son representativas de la gran pluralidad que es México para el mundo. Es un teatro para todas las clases sociales. Rubén González Garza, un hombre de teatro comprometido, un hombre que dio de lo suyo a los demás. Un ser humano en toda la extensión de la palabra.